

Complicidad vital

Gerardo Estrada

Conocí a Rafael Tovar a fines de los años setenta en las oficinas de Juan José Bremer, entonces director del Instituto Nacional de Bellas Artes. Ambos iniciábamos nuestras carreras en las tareas de la difusión cultural. Él en Asuntos Culturales de la Secretaría de Relaciones Exteriores, yo en Radio Educación y en Difusión Cultural de la UNAM.

Esa coincidencia habría de marcar no sólo nuestro destino profesional sino también, dada la espontánea y mutua simpatía, el inicio de una amistad cabal, llevada más allá de la que surge entre dos colegas, y el principio de una enriquecedora complicidad en la aventura de la divulgación del arte y la cultura.

Pronto tendría la primera prueba de la profundidad de esos lazos, cuando al culminar mi primer periodo en Difusión Cultural de la UNAM, y andando en búsqueda de una estancia en el extranjero, Rafael me invitó a irme de agregado cultural del consulado de México en Nueva York, ello a instancias de don Víctor Flores Olea. Sin embargo, cuando por razones diversas la oportunidad no se concretó, tuve nuevamente una muestra del carácter y la férrea voluntad de Rafa, quien hizo lo imposible para cumplir el compromiso y no descansó hasta colocarme como agregado cultural en Chicago. Desafortunadamente, las circunstancias allá no fueron las propicias para emprender lo que nos propusimos, pero se sentó un precedente de lo que sería, más adelante, una de las prioridades del Servicio Exterior Mexicano.

Nuestro siguiente encuentro laboral, y esencialmente personal, tuvo lugar en 1983, cuando asumí la Dirección de la Casa de México en París mientras él se convirtió en el Ministro de la Embajada de México en Francia. Convivimos en la capital francesa durante casi cinco años, y cuando menos una vez a la semana nos reuníamos en Les Deux Magots para tomar un café y platicar acerca de las novedades de México y el mundo. En

esas charlas se abría siempre un espacio para las confesiones personales, de hecho ahí fue donde pude conocer al Rafael más íntimo y apreciar su rica sensibilidad, amén de su vasta cultura y capacidad de análisis político y social.

Más tarde, en 1992, al ser designado presidente del Conaculta, Rafael me propuso dirigir el Instituto Nacional de Bellas Artes. Las palabras con las que me invitó develan el cómo Rafael concebía su labor. Me dijo: “Te ofrezco la joya de la corona...”. Sería el principio de otro fructífero capítulo que duró casi ocho años, en donde nuestras afinidades y diferencias habrían de conjugarse con las creencias y convicciones que compartíamos para ponerlas al servicio de la cultura. Las dotes de líder de Rafael tuvieron su máximo esplendor en aquel momento en que conjuntó un equipo verdaderamente excepcional.

Recuerdo una experiencia más, tal vez la de mayor impacto en lo íntimo, personal y compartido: obtener la paternidad en edad madura, yo por primera vez, él en una segunda vuelta. Platicábamos mucho acerca de los temores y angustias que acarrea semejante responsabilidad y las enormes alegrías que conlleva tal privilegio, o del orgullo de sus primeros logros y el empeño por brindarles lo mejor de nosotros mismos.

Su temprana partida deja inconclusas tareas y proyectos que él todavía planeaba con fervor, aunque lo que construyó: el Centro Nacional de las Artes y la Secretaría de Cultura son ya un legado pujante, sobre todo el primero, pues como centro educativo apunta hacia el futuro.

En lo personal pierdo a un amigo, sus conversaciones lúcidas y la posibilidad de decirle muchas cosas que no alcancé a expresarle, entre ellas mi más profundo agradecimiento por las oportunidades que me brindó, pero sobre todo por el gran tramo de vida que compartimos.